



## El Caribe: Cultura e identidad

---

René Muiños

---

La apariencia contradictoria de la cultura del Caribe como un conglomerado de semejanzas y diferenciaciones, marcadas por la pluralidad lingüística, la dispersión geográfica y la progresión histórica desigual de nuestras naciones, ha inclinado la búsqueda de la clave de la identidad cultural del Caribe hacia el hecho mismo de esas contradicciones. A esta visión corresponde la caracterización de la cultura caribeña como la “unidad de lo diverso”, pero salta a la vista que esta definición podría aplicarse al modo de formación de muchas culturas étnicamente complejas —como es nuestro caso— y no puede, por tanto, sustantivarse como la esencia de una en particular.

Pensamos que dilucidar así dichas semejanzas y diferenciaciones favorece o impide una globalidad lo suficientemente coherente y homogénea para poder hablar con propiedad científica de la existencia de una cultura pan-nacional caribeña, es algo que debe situarse más allá de requerimientos epistemológicos o de voluntades integracionistas compulsadas por las necesidades socioeconómicas y las circunstancias políticas del presente en la región.

Tal vez la ausencia de un enfoque abarcador nos ha inducido a sustentar el concepto de identidad cultural caribeña en aquellos elementos más comunes del patrimonio cultural de nuestras naciones, que hemos sustantivado simbólicamente como medio de afirmación frente a ese “otro” metropolitano o imperial sin cuyas relaciones y contradicciones no se puede pensar el Caribe moderno. Pero el patrimonio, aunque es parte de la herencia cultural, está formado por elementos aparentes, por huellas tangibles, que no siempre explican la dinámica sociocultural que en esencia constituye esa herencia.

Una parte importante de los estudios sobre la identidad caribeña parte de esta perspectiva patrimonial que, aún cuando reconoce el peso de los componentes socio-históricos, resume la identidad en un conjunto de rasgos derivados, casi siempre de la etno-composición o del folclor típico de nuestros países. Posiblemente esto tenga que ver con el predominio; tanto en nuestra ciencia social como en nuestro arte, de los estudios etnográficos y folclóricos que ha proporcionado prácticamente toda la sustancia comparativa a la hora de buscar las constantes de una identidad regional. A estos estudios debemos generalizaciones tales como “alta jerarquía” de la música y el ritmo en el sistema de la cultura caribeña, la idiosincracia insular, el sincretismo religioso, la fantasía del carnaval, el “estómago caribeño” y otras, que se derivan del inventario de la etnografía descriptiva, en el cual percibimos, a la larga, más registros de particularidades que de semejanzas.

Precisamente, la limitación fundamental de la teoría de la síntesis étnica, tan reconocida en nuestras naciones como propuesta de definición de la identidad cultural caribeña, radica en que no puede demostrar que la presencia de los elementos sintéticos europeos, africanos e indígenas constituyen una regularidad en todos los planos de la cultura nacional, es

decir, muchos de ellos no son esenciales, sino facultativos de algunas de sus manifestaciones.

Basta un acercamiento a la realidad cultural del Caribe para percatarnos de la distribución irregular y el valor relativo en los diferentes planos de la cultura de los elementos sintéticos. En los países insulares de la región sólo ha quedado una huella material del componente aborigen en la vivienda, la alimentación y el léxico. Con relación al componente africano, que junto al componente europeo caracteriza la apariencia actual de la cultura caribeña insular podemos constatar que los elementos culturales derivados de este componente participan de una manera disímil en la estructura de las diferentes formas de la cultura; no sólo en planos diferentes como pueden ser el folclor y la educación donde, obviamente, han actuado históricamente profundas diferencias de acceso y control clasista, sino también dentro de manifestaciones de la propia cultura artística como la música y la arquitectura, y aún dentro de una misma manifestación como la música misma donde conviven formas de fuerte acento sintético con otras derivadas de la evolución más o menos pura, de tradiciones europeas o africanas y que con idéntica legitimidad forman parte de la herencia cultural de nuestras naciones.

Esta contradicción es igualmente perceptible en el orden histórico y en el grado de espontaneidad de la síntesis: en la música y la danza se produce tempranamente de una manera espontánea y sólo posteriormente en la literatura, la plástica y la música culta ya como parte de los proyectos de afirmación de la nueva cultura nacional.

No obstante, muchos de los estudios generalizadores o comparativos sobre la región parecen inclinarse a favor de conceder al componente africano el peso esencial en la cuestión

de la identidad. Sin embargo en el desarrollo histórico de nuestras culturas insulares no aparece muy claro que la mayor o menor presencia de componente africano haya acelerado el proceso de formación de los rasgos sintéticos propios de las nuevas culturas nacionales surgidas en la región. Si así fuera, a las entidades nacionales donde este componente es más intenso correspondería un momento más cohesionado y sistematizado de los rasgos sintéticos en la cultura y, por tanto, un momento más avanzado en el proceso de formación de la nueva cultura nacional. Lo anterior es difícilmente demostrable: las naciones donde comenzaron a manifestarse tempranamente los rasgos sintéticos peculiares de una nueva cultura corresponden a los territorios colonizados por España, donde la presencia del componente étnico africano fue cualitativamente inferior que en las colonias inglesas, francesas y holandesas y donde el arribo masivo de la masa esclava fue más tardía que en éstas. Fue precisamente en el Caribe hispánico donde los elementos sintéticos afroeuropeos empezaron a "saltar" primero del etno-folclor originario a un nuevo folclor integrado, y de éste a otros planos de la cultura criolla, lo que parece indicar que en la base de formación de los nuevos modelos culturales han jugado un papel determinante no tanto la correlación étnica cuantitativa o su extensión temporal como los tipos específicos de correlación socioeconómica entre los modelos originarios en cada territorio y las posibilidades de desarrollo y adaptación de la cultura dominada con relación a la cultura dominante.

Un enfoque que sustente la unidad cultural del Caribe en los términos del mestizaje o de la síntesis etnocultural puede alejarnos por este camino del concepto mismo de identidad regional, pues en este vasto ámbito tenemos a nuestros países insulares con un claro perfil euroafricano y por otro lado tenemos, países de definidos perfiles hispanoindígenas.

En estos casos, no se trata tan sólo de una cuestión de balance entre etno-componentes, sino de la existencia misma de dos culturas, una del tipo de nuestras culturas criollas de apariencia sintética y otra marginal y desplazada, pero que pese a su condición de dominada conserva —a diferencia de las distintas culturas africanas trasplantadas— su cohesión interna y los elementos esenciales de su identidad original.

Aquí la cuestión de la síntesis y de la integración cultural se plantea en términos polarmente distintos y constituye uno de los principales escollos para el proyecto conceptual-cultural de la región, que no ha podido dar respuesta coherente este problema. Si estas culturas pueden ser incluidas o no en el concepto cultural Caribe es uno de los principales problemas teóricos que se nos plantea, pero para el cual la integración etno-cultural no es, a todas luces, la clave.

Es lógico pensar que el éxito de la tesis puede tener su explicación última en la necesidad vital de nuestras sociedades caribeñas de articular un ideal cultural diferenciado como medio de afirmación nacional y como vía para la expresión material de una identidad que, por los niveles de su dependencia de los países de la región y la diferencia de sus modelos sociales no puede tener su correlato viable en un proyecto político o económico presente, que incluya a todos los países de la región. Nuestro ser nacional, su surgimiento, su consolidación y preservación, ha estado condicionado por una relación de dominado-dominante respecto a las metrópolis coloniales, primero y a Norteamérica, después; relación histórica que ha condicionado, a su vez, la proyección de un ideal cultural nacional a partir no de los elementos esenciales de la herencia cultural sino de sus elementos diferenciadores de las culturas coloniales y neocoloniales; y la posterior construcción —en virtud de una similar experiencia histórica— de un proyecto

de identidad regional basado igualmente no tanto en las esencialidades comunes como en aquellos elementos compartidos que nos diferencian de Europa y Norteamérica.

Aquí estamos en presencia de un desplazamiento teórico de lo específico-diferenciador a lo esencial-caracterizador que constituye un elemento altamente dinámico en el proceso de integración cultural de la región, pues en tanto ideal cultural se convierte en la meta hacia la que se moviliza toda la acción sociocultural, dando origen a la integración progresiva y sistematizadas de nuevas cualidades. Aunque esto tiene una importancia singular en el proceso de unificación, el análisis objetivo de este desplazamiento no puede perder de vista que se trata a menudo de un proceso intelectual conscientemente dirigido y no siempre de un proceso espontáneo de síntesis.

Quizás, por tal motivo, casi todo el debate en torno a la identidad cultural y sus fundamentos han tomado tradicionalmente como base, tanto en las teorizaciones como en la práctica artística, no ya a la cultura en su concepción más amplia sino al arte y la literatura, precisamente por la ingerencia en estas manifestaciones de los componentes etnofolclóricos que constituye el soporte diferenciador del ideal cultural. Esto limita la noción de cultura caribeña al conjunto de las materializaciones de un ideal estético-artístico que es tan sólo una de las formas de manifestación de los procesos culturales. En última instancia, el artecentrismo en los estudios de nuestra cultura identifica la cultura nacional con la tradición artístico-folclórica de raíces afro e indígenas en su más amplia y sistemática potenciación estética. Lo anterior explica algunas tendencias que han convertido la “africanización” o la “indigenización” en la línea magistral de la búsqueda de la identidad. La orientación en estos dos sentidos, sustentada por lo que Bromlei llamó “la hipertrofia de lo étnicamente

particular” ha conducido movimientos de gran influencia en la formación de nuestros conceptos culturales más generalizados, como fueron el *negrismo*, la *negritude* —íntimamente concatenados con las vanguardias artísticas europeas— y la *reindigenización* en el terreno de la cultura artística, o el *rastafarianismo* como ideal cultural más abarcador. Hasta qué punto estos movimientos constituyen procesos básicamente intelectuales lo demuestran hechos como el surgimiento del “siboneyismo” en Cuba en el siglo XIX o el “arte taíno” en la década del 50 como elementos formalmente reinsertados en nuestro proceso cultural, mucho tiempo después de la desaparición de la población aborigen.

Acerca de las tendencias etno-centristas, que a menudo actúan más como elementos de diferenciación que de unificación, y de la reorientación necesaria de los estudios caribeños, traemos a colación una cita de Manuel Moreno Fraginals:

Artistas y científicos caribeños tienen hoy una tarea más importante que la búsqueda simplista de elementos africanos en su cultura, o el análisis comparativo con culturas africanas actuales: es el estudio de las integraciones específicas y de las formas simbólicas comunes desarrolladas en el Caribe durante el proceso de formación de sus nuevas sociedades.

Algunos estudios de la región han pecado de una esquematización, que reduce el concepto de lo étnico a lo racial, y que supone, además, la homogeneidad interna de nuestros etno-componentes originarios cuando en realidad se trató de conglomerados multi-étnicos cuyas diferencias internas a veces eran tan sustantivas como las diferencias inter-raciales. Esto es pertinente no sólo para el conglomerado africano transplantado a la región, cuyas diferencias étnicas eran tan apreciables que a menudo le impedían comunicarse entre sí y cuya integración racial misma sólo se puede explicar a la luz de

su fusión en una nueva cultura; sino también para el conglomerado europeo que participa en la colonización, tanto desde el punto de vista de las diferentes culturas nacionales (española, inglesa, francesa y holandesa) como de su estructura étnica interna, a menudo sumamente compleja. Tal es el ejemplo de España, que en el momento del descubrimiento constituía un conglomerado étnico altamente diversificado, cuyo proceso de integración prácticamente transcurre de forma paralela a los procesos de formación de las nuevas culturas hispano-americanas.

Aunque descifrar esta síntesis paralela y múltiple constituye el problema más complejo y urgente de la etnografía caribeña actual es claro que cualquier definición integradora del Caribe como unidad cultural, debe dirigirse, no sólo a las síntesis etno-cultural sino a la singularidad de la síntesis histórica mayor y más trascendental que la propició y que la resolvió de esta manera particular con que hoy se nos presenta el Caribe.

La complejidad del proceso socio-histórico verificado en el Caribe en estos 500 años puede llevarnos a pensar que no existen suficientes elementos de coherencia geográfica, histórica, lingüística, de modelo cultural, de composición étnica y de sistema político, entre las distintas culturas nacionales del área como para hablar de una cultura caribeña con esa propiedad científica a la que aspiramos; sino más bien de un conjunto de afinidades que propician la reflexión y el diálogo sobre los problemas y las experiencias comunes en el marco de los más amplios sistemas sociales, económicos y políticos que han convertido a la región en una de las zonas más diversificadas del planeta y al mismo tiempo una de las zonas de más alta vulnerabilidad e inestabilidad geopolítica.

Pero si debemos hablar de “la cultura del Caribe” o, por el contrario, de “las culturas del Caribe”, no puede ser de modo alguno una cuestión de coyuntura o de estrategia política, sino un problema intrínsecamente culturológico que debe ser despejado desde la perspectiva de esta ciencia. Se trata, pues, de demostrar la inserción, dentro de las grandes culturas históricas de la humanidad, como un todo integralmente explicable y con una esencialidad propia, del proceso cultural verificado en el Caribe a partir de 1492.

Somos de la opinión que el Caribe constituye con toda legitimidad histórica una verdadera unidad cultural y pensamos así porque nuestra región —por encima de sus paradojas y contradicciones aparentes— fue escenario de un proceso socio-económico singular, de una complejidad sin precedente en la historia de la cultura, donde intervino de forma contingente un proceso paralelo e interconectado de modificaciones multi-étnicas, cuya exhuberancia aparentemente caótica no nos ha permitido penetrar la esencia misma del proceso.

La confrontación por vez primera, en una nueva realidad física, geográfica y étnica, de varias culturas históricas, (la europea, la africana y la indoamericana) cuyas diferencias de desarrollo histórico (la cultura de transición del feudalismo al capitalismo, propia de Europa, y la cultura primitiva propia de la costa Atlántica de Africa y del Caribe) condicionan la imposición del modelo europeo como la base de la nueva formación cultural. En el Caribe, Europa implanta su modelo socio-económico, su organización productiva, su ideología, sus instituciones culturales, jurídicas y políticas a cuyas características se acondicionan las otras etno-culturas y no al revés.

Es importante comprender la función “modeladora” y unificadora de la cultura europea en el proceso de integración de la cultura del Caribe, y el papel que ésta desempeñó en su cohesión inicial y su evolución posterior; pues pese a las diferencias políticas, lingüísticas y cultural-nacionales de las metrópolis, éstas compartían en el momento del descubrimiento un estadio y una experiencia histórica más o menos semejante en cuanto a formaciones sociales y tendencias de desarrollo histórico-culturales que el propio hecho de la conquista y colonización contribuyó a acelerar. Esta organicidad esencial de la Europa del Siglo XV actúa por encima de las diferencias de desarrollo entre las metrópolis, aun cuando éstas determinaron las diferenciaciones fundamentales entre las entidades que integran el Caribe. En el proceso se refleja el desfase cronológico entre el nivel de desarrollo de las distintas metrópolis y el grado de intensidad espacio-temporal con que cada una de éstas implantó el modelo socio-productivo simbolizado en la plantación; pero esto no niega la afinidad y la naturaleza esencial del modelo y sus efectos socioculturales a nivel regional.

Estas diferencias cronológicas nos explican otra gran paradoja en la integración de las culturas nacionales en el Caribe, pues si bien en las colonias inglesas, francesas y holandesas se implantó primero un modelo de organización productiva más desarrollado desde el punto de vista histórico, por su polarización social éste funcionó como un elemento retardatario en la formación de las nuevas culturas nacionales y dilató un proceso que aún llega a nuestros días; mientras en las colonias españolas, la introducción tardía de la plantación sobre una base feudal, menos polarizada, de economía extractora y de auto-consumo, en un momento donde ya estaban formados rasgos de una cultura criolla, actuó como un elemento propiciador del surgimiento de la cultura nacional.

El desfase cronológico y las diferencias de intensidad - extensidad constituye, a nuestro juicio, la premisa de una sectorización cultural regional mucho más coherente que la que se sustenta en la diferenciación por áreas lingüísticas. Este último enfoque parece erigirse en la barrera insuperable para la integración cultural del Caribe. Aunque se trata de un debate complejo, sobre todo en el campo de las literaturas, baste señalar que éstas no son el universo de la cultura, ni siquiera del arte. Además constreñirnos a este enfoque nos impediría legitimar otras tipologizaciones de la cultura comúnmente aceptadas como la cultura africana, la cultura indoamericana o la propia cultura latinoamericana.

Ahora bien, el traslado de una cultura o culturas a un contexto nuevo no asegura por sí solo el surgimiento de una cultura distinta, sino, tal vez, de una variante criolla de aquella. La base fundamental de la singularidad cultural caribeña, es precisamente el surgimiento y desarrollo en nuestro ámbito de una formación económica y unas relaciones sociales cuya estructura y vínculos internos son esencialmente nuevos en la historia de la humanidad. Esta nueva modalidad histórico-cultural es el capitalismo esclavista, fusión singular del esclavismo reimplantado por la España feudal en el Nuevo Mundo a partir del Caribe, con el naciente capitalismo mercantilista europeo, dando origen a un sistema híbrido que se prolongó durante centurias que en su propia dinámica de contradicciones y aspiraciones ha dado lugar al surgimiento progresivo de culturas nacionales afines que se han proyectado singularmente hasta hoy. Esta tipología histórico-cultural se da por excelencia en el Caribe como centro motriz y sólo aquí ha existido en su estado puro y de forma generalizada en todos los países de las Antillas. Las relaciones sociales que la peculiarización no estaban presentes en ninguna de las culturas que participaron en el nuevo modelo cultural. Europa

no introdujo el modelo esclavista ni en Africa, ni en Asia, sino otras formas de colonización semejantes a la de la etapa de la factoría en las colonias españolas del Caribe. Entre nosotros tiene lugar un nuevo tiempo social, un nuevo espacio histórico, cuya originalidad estructural determinó el conjunto de relaciones inter-sociales, inter-nacionales e interétnicas que informan nuestra cultura. La enorme simbiosis histórica que significó el capitalismo esclavista están resumidas en la plantación misma: en el carácter feudal de la organización del habitat, en el modo esclavista de producción y de vida y en el movimiento capitalista de la mercancía.

Es por ello que la plantación, en tanto núcleo originario de una dinámica socio-cultural que ha legado a todas las naciones del Caribe una herencia común, no sólo contribuyó a confirmar nuestra fisonomía y unidad presente, sino también sentó las bases de las relaciones y contradicciones políticas y económicas de la región con el mundo.

Aún con el proceso abolicionista, con los movimientos de independencia, con la formación de los nuevos estados, con las re combinaciones étnicas por el arribo de nuevos componentes o con el movimiento migratorio interno de masas de asalariados y los desplazamientos de los componentes sociales propiciados por estos procesos, las relaciones esenciales que caracterizan la personalidad de nuestra cultura como cultura dependiente no han cambiado sustancialmente: por el contrario, su supervivencia ha condicionado el tránsito de nuestros países de la colonia a la neocolonia; de la dependencia política de las antiguas metrópolis a la mediatización de los Estados Unidos; de la subordinación económica a aquellas, a la subordinación económica a éste y al capitalismo transnacional, de ahí, las dificultades de la región para la viabilización de cualquier otro modelo socio-económico —como el del

“desarrollismo” o el de los movimientos nacionalistas orientados hacia un desarrollo no dependiente— sin una previa modificación sustancial de los términos de sus relaciones históricas, como Cuba está tratando de llevar a cabo.

Tal vez el futuro de la región y la salida de la crisis que la conmueve esté en la búsqueda y desarrollo de formas de cooperación e integración más avanzadas y globalizadoras no subordinadas a intereses extra-regionales. Y es precisamente el reconocimiento y el cultivo de nuestra herencia cultural lo que más puede contribuir en el momento presente a allanar el camino para una futura integración global en el terreno económico y político.

El Caribe actual es el escenario —quizás único en el planeta— de un proceso vivo de integración cultural en el que coexisten, por tanto, culturas más o menos configuradas con culturas en distintos grados de prefiguración de sus características definitivas; pero unidas por el denominador común de un proyecto de identidad sustentado en una experiencia histórico-cultural común y en comunes expectativas vitales que, por encima de las diferencias nacionales, armoniza las tendencias de su desarrollo cultural y favorece un diálogo que potencia la integración cultural.

Corresponde a nuestros estudiosos y científicos sociales desentrañar las esencias y regularidades de esta gran experiencia y ampliar los espacios que preparen al hombre del Caribe en el reconocimiento y ejercicio de su propia identidad.

## NOTAS

1. Manuel Moreno Fraginals: “La plantación, crisol de la sociedad antillana”. En: *El Correo de la UNESCO*. diciembre de 1984, p. 14.